

COMERCIO EXTERIOR: LOCOMOTORA SIN VAGONES

David Ibarra
17 de septiembre de 2004

Desde el colonialismo, los países latinoamericanos han debido adaptarse, hacer suyo, un orden económico internacional diseñado por las potencias de cada época. En regir nuestros pueblos siempre han luchado por cerrar la brecha del subdesarrollo, transformar, modernizando sus economías, a la par de ganar la equidad social y acercarse a los ideales democráticos. Pero han debido hacerlo dentro de normas impuestas desde afuera que a veces coinciden y otras se oponen a los propósitos nacionales, a la trayectoria histórica, cultural e institucional de cada país.

La internacionalización económica no es un fenómeno nuevo. Cobró importancia decisiva en la segunda mitad del siglo antepasado, dentro de un ciclo que termina con la Primera Guerra Mundial y la Gran Crisis de los Años Treinta. Después viene el intervalo creado por el ascenso del paradigma keynesiano encaminado a responder a las fuerzas democráticas de las clases medias y de los trabajadores del Primer Mundo, a repudiar los efectos de crisis repetitivas y abrazar el empleo pleno, como objetivo fundamental de las sociedades. El cambio político subsecuente y la reconstrucción de los países devastados en la Segunda Guerra Mundial, dan impulso decisivo al nacionalismo económico, al tiempo que responsabilizan a los gobiernos de la ocupación y bienestar de la fuerza de trabajo. Los países erigen barreras al comercio internacional. rechazan las rigideces del patrón oro e inauguran las estrategias del proteccionismo y la intervención estatal en la naciones periféricas.

Sin embargo, la evolución de las fuerzas económicas no se detienen ahí. Hoy, los mercados, las finanzas, la planeación de los consorcios internacionales, la revolución informática, demandan de la abolición de las fronteras, de la estabilidad de precios, así como de la limitación de las soberanías nacionales. Como consecuencia, se necesitan de nuevas reglas normativas del orden económico internacional, sintetizadas en el llamado Consenso de Washington. Liberalización de mercados, privatización, desregulación, disciplina fiscal, independencia de los bancos centrales, forman el paquete de reformas de la nueva visión de la economía mundial. Se trata del intento de adaptar nuestra vida económica al estilo y mediante la copia de las instituciones norteamericanas.

Frente a ello, las estrategias e instituciones de México y América Latina se ven forzadas a cambiar radicalmente de dirección: en vez de crecimiento hacia adentro, crecimiento hacia afuera; en vez de proteccionismo empresarial y obrero, libertad de mercado; en vez de industrialización sustitutiva, impulso exportador; en vez de estado interventor, Estado cuasigendarme. De esa manera, se nos predicó hasta el cansancio, los países estarían en mejores condiciones de ganar eficiencia, montarse en la revolución tecnológica mundial, frenar la corrupción e ineficiencia de los gobiernos e impulsar formas de desarrollo más dinámicas y sanas.

Así, las posibilidades del progreso nacional quedaron indisolublemente ligadas al éxito exportador y a los mercados internacionales. Dado que el debate teórico sobre las relaciones entre comercio exterior y desarrollo está lejos de haberse resuelto, cabe examinar empíricamente esta cuestión con referencias al caso mexicano.

Sin duda, las ventas foráneas han crecido velozmente multiplicándose más de ocho veces en el período 1982-2003 (o más que triplicándose entre 1993 y 2003). Al propio tiempo, las importaciones se han expandido con igual o mayor celeridad (11 veces en el primer período), dejándonos un déficit comercial abultado que ha fluctuado alrededor de 8 mil millones de dólares en el último cuatrienio. En consecuencia, no se ha cumplido la promesa de la liberalización de mercados en cuanto a disolver el estrangulamiento externo como freno decisivo al crecimiento. Se sigue comprando más de lo que se vende por insuficiencia productiva y competitiva con los riesgos inherentes del endeudamiento o de las crisis cambiarias, sólo salvables si se comprime el ritmo de crecimiento por debajo del potencial productivo nacional, como viene ocurriendo desde hace tiempo.

Hasta ahora, el comercio exterior es locomotora incapaz de jalar al resto de la economía. El proceso de apertura al exterior no ha inducido ritmos de crecimiento mayores, sino bastante inferiores a los de la etapa del proteccionismo. Entre 1950 y 1980, la economía nacional creció al 6.5% anual (3% per cápita), mientras en el período de reformas, 1982-2003, apenas lo hizo al 2.4% (alrededor del 1% por habitante).

Examinando el intercambio por zonas geográficas se observan aciertos y graves deficiencias. Entre 2000 y 2003, el déficit comercial acumulado ascendió a 32 mil millones de dólares, pese al modesto crecimiento medio de la economía (2.1% anual) que comprime la demanda de importaciones, sobre todo de bienes intermedios y de capital. Sorprende, sin embargo, que en ese período se obtuviese un saldo superavitario enorme con los Estados Unidos de 125 mil millones de dólares (31 mil millones en promedio anual) que se perdió con creces

en el intercambio con otros países: 34 mil millones con la Unión Europea, 29 mil millones con Japón y 79 mil millones con otros países (China, Corea, Taiwán, Brasil, etc.).

Salvo con América del Norte, los múltiples tratados de libre comercio no han resultado claramente benéficos al país, aun cuando se les evalúe del lado de los flujos de inversión. Las corrientes japonesas de inversión entre 1994 y 2003 representaron apenas el 3% del total recibido (114 mil millones de dólares), las de Alemania 2.8%, las de España 4% y las del Reino Unido 2.7%, flujos que suelen quedar muy por debajo de los déficit comerciales con esos países. México se ha convertido en adicto demandante de bienes fabricados en el exterior y en pródigo distribuidor de los beneficios del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.

Qué el auge exportador, la vecindad al mayor mercado del mundo y los tratados de libre comercio, no impulsen el desarrollo nacional ni permitan reducir la pobreza o la marginación de buena parte de la fuerza de trabajo, o impulsen la emigración masiva de mexicanos, merece someter a escrutinio crítico las políticas macroeconómicas y microeconómicas que se han adoptado. Hay que dar respuesta al hecho de que otros países inmersos por igual en los procesos de la globalización, alcanzan ritmos de progreso envidiables.

Una parte de nuestras debilidades nacen de la adhesión acrítica al enfoque estratégico del Consenso de Washington. La responsabilidad del desarrollo y del bienestar nacional se ha puesto en el mercado, erigiéndose a la estabilidad de precios en la meta social por excelencia. Con esa mira macroeconómica, se utiliza la sobrevaluación cambiaria y las tasas elevadas de interés a pesar de sus

efectos perversos en la competitividad interna y externa de los productores nacionales, tanto como la reducción del crecimiento para ajustar los desequilibrios inflacionarios o de balanza de pagos.

Del mismo modo cuenta la pasividad de las políticas microeconómicas, expresa en la ausencia de programas de reconversión productiva, de inversiones de infraestructura, de fomento a las exportaciones, de gasto en investigación y desarrollo, de negociación con las empresas transnacionales a fin de hacer el *“upgrading”* de su producción en México. El debilitamiento destructivo de la banca de desarrollo, ahonda la notoria insuficiencia del crédito competitivo de la banca comercial extranjerizada y coloca a los productores vernáculos en franca desventaja frente a los competidores foráneos.

La competencia internacional ya no tiene lugar en un mundo de pequeños oferentes. Las exigencias para iniciar un negocio en términos de capitales humanos, físicos y de organización suelen ser enormes. La competencia globalizada es oligopolística, se da entre grandes consorcios integrados vertical y horizontalmente. Por eso, una fracción creciente del intercambio escapa a las operaciones abiertas de mercado y sigue a decisiones jerárquicas, tomadas al interior de las propias empresas transnacionales. Por eso también, el comercio crece más que la producción mundial (2.5 veces más entre 1980 y 2000) por cuanto esta última se articula con partes, componentes y servicios elaborados e intercambiados entre distintas localizaciones antes del ensamble del producto final.

De aquí que importe insertarse bien, en posiciones promisorias, en esas grandes redes productivas, en vez de limitarse a hacer operaciones simples de

maquila o ensamblaje. Lograrlo implica negociar con esos consorcios transnacionales, mejorar, como se dijo, el capital humano y físico; ofrecer facilidades de capacitación entrenamiento de la mano de obra de todos los niveles; crédito competitivo, centros conjuntos de investigación y desarrollo y alentar el surgimiento de transnacionales mexicanas. El activismo promotor, innovador, heterodoxo de Corea, Taiwán, Finlandia o China, señalan un camino que bien podría moldearse a las necesidades mexicanas.

La producción y el comercio exportador aparte de quedar en manos mayoritariamente extranjeras, no se ha enlazado con otras producciones nacionales, ni ha tenido efecto difusor importante en materia de productividad y de modernización tecnológica. Ha operado a modo de enclave que, además, poco aporta a la recaudación fiscal. Casi cuatro quintas partes de las exportaciones se realizan al amparo de regímenes de importación temporal, es decir, están sujetas a regímenes fiscales privilegiados. Así, el sector más dinámico de la economía, el que supuestamente impulsaría el desarrollo nacional, no contribuye mayormente a resolver la dramática insuficiencia de los recursos públicos. ¿Quién lo hará, entonces?.

En suma, la experiencia mexicana con sus luces y sombras, contradice el supuesto de que la liberalización comercial basta para insertarse apropiadamente en los mercados globalizados e impulsar al conjunto de la economía. Por el contrario, hay necesidad de comprometer significativos esfuerzos públicos y privados, abandonar la pasividad de las políticas comerciales e industriales, encauzar la inversión extranjera a elevar los valores agregados y a completar el aparato productivo nacional, en vez de adquirir simplemente las mejores empresas nacionales, sean estatales o privadas. Esa tarea, pese a su importancia de hoy y mañana, sigue inconclusa y, con ella, nuestro acomodo exitoso al nuevo orden económico universal.